

siones; es por medio de las pasiones como se debe gobernarlos y hacerlos felices. La naturaleza ha grabado principalmente en el corazón del hombre el amor de la gloria, de la patria, de la libertad, pasiones sublimes que duplican la fuerza, exaltan el valor y dan nacimiento á las acciones heroicas de las naciones que saben alimentar ese fuego sagrado... Cantad, pues, cantad una victoria que será la de la humanidad. *Han perecido algunos hombres, pero es para que no perezcan más. Lo juro en nombre de la fraternidad universal que vais á establecer, cada uno de vuestros combates será un paso dado hacia la paz, la humanidad y la felicidad de los pueblos.* (1).

Compárese ese canto de victoria con los *Boletines* de Napoleón, y se verá que hay un abismo entre la primera guerra de la Revolución y el espíritu conquistador del imperio. Si Napoleón hubiese sido vencedor en Jemmapes, su primer grito hubiera sido: "Los Austriacos huyen, la Bélgica es nuestra; vamos á llevar nuestras fronteras hasta el Rin.", Los girondinos no pensaban en la conquista; no tenían más que un pensamiento, la libertad universal, la paz del mundo. Como tenían un vivo sentimiento de la libertad, llamaban á la paz con todos sus votos. No participaban todos del carácter guerrero de Brissot, no creían todos que la guerra fuese necesaria para consolidar la libertad. Vergniaud veía más claro cuando decía: "En las repúblicas, las conquistas fueron siempre funestas á la libertad; un gobierno demasiado militar la rodea de nuevos peligros." (2).

III

Tales eran los sentimientos de los girondinos. Había aún otro partido entre los republicanos. Los montañeses son los verdaderos órganos de la Francia democrática. Pues bien, el hombre, que es como la encarnación de la montaña; el hombre que durante mucho tiempo fué temido como un futuro César, Robespierre, tenía una antipatía decidida por la guerra. Un historiador célebre, al hacer constar que los jacobinos exaltados estaban por la paz, supone á su jefe móviles poco honrosos. Según mon-

(1) *Monitor* del 11 de Noviembre de 1792.

(2) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XXVI, p. 391.

sieur Thiers, el tímido Maximiliano se asustaba de la guerra; no la combatía sino porque Brissot, su rival entre los jacobinos, la sostenía, y porque el joven Louvet la había defendido con talento. Es achicar singularmente á los hombres y á las cosas, ver por todas partes una cuestión de personas. Robespierre mismo va á decirnos por qué reprochaba la guerra.

Era ante todo por desconfianza. Recuérdese que la guerra fué declarada á propuesta de Luis XVI. Así es que era la monarquía la llamada á combatir á la Europa monárquica coaligada contra la Revolución. Ahora bien, el rey, ¿no era cómplice del emperador y del rey de Prusia? ¿No era cómplice de la emigración que excitaba á todas las cortes á armarse contra la Francia revolucionaria? Cómplice ó no, un rey que sufría más bien que aceptaba el nuevo orden de cosas, ¿podía estar al frente de la propaganda revolucionaria? En realidad, ¿qué sería la guerra hecha por Luis XVI? La guerra de todos los enemigos de la Revolución contra la Revolución. ¿Y se pretende que la guerra favorecería la libertad! Sería, al contrario, el mayor peligro para la libertad, porque se haría por los enemigos de la libertad. ¿Ó se negará que la conducta de la corte, desde el principio de la Revolución, estuvo siempre en oposición con los derechos del pueblo? El que lo negase de buena fe sería un insensato. Insensato sería también quien negase que la guerra declarada en nombre de la corte, dirigida por ella, será un instrumento de contrarrevolución en el pensamiento de los que la hagan (1).

Robespierre no retrocedía ante la propaganda revolucionaria; pero ¿no tenía razón en decir que era absurdo el encargar á los enemigos de la libertad el cuidado de propagar la libertad? "¡Primera-mente, guerra á los enemigos de dentro, exclama, guerra á los conspiradores y al despotismo! ¡A seguida marchemos contra Leopoldo, marchemos contra todos los tiranos de la tierra!", (2). Robespierre tenía razón mil veces. En el fondo, los girondinos estaban conformes con él, porque esperaban que la monarquía no resistiría al sacudimiento de la guerra. Todos los partidos estaban, pues,

(1) Discurso de Robespierre á los Jacobinos, en BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XII, páginas 406-408; t. XIII, p. 124 y siguientes.

(2) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XIII, p. 159.

conformes en querer la república. Los girondinos tenían el instinto de los grandes destinos á que la Francia revolucionaria estaba llamada. Como tenía por misión el difundir los principios del 89 en la Europa entera, debía hacerse república. Y la guerra también era una necesidad providencial, porque la Europa feudal no podía abdicar voluntariamente ante la Revolución.

Robespierre y los jacobinos se preocupaban más de la libertad interior. Bajo este punto de vista, temían la guerra. La libertad, decía Robespierre, encontrará un peligro allí donde se espera que tendrá un apoyo. En efecto, las poderosas emociones de la guerra distrajeran al pueblo de la vigilancia incesante que es necesaria para la conservación de sus derechos; el campo quedará libre á los intrigantes y á los hombres corrompidos, siempre dispuestos á secundar los designios de los enemigos de la libertad (1). La proclamación de la república no tranquilizó al desconfiado Maximiliano: temía el despotismo militar, y los hechos han dado triste confirmación á sus temores. Léense en el *Journal des Jacobins* estas proféticas palabras:

"¡Oh igualdad! ¡Oh libertad! ¡Oh justicia! ¡No sois más que vanas palabras! Ya os veo sucumbir por todas partes bajo el cetro de bronce del despotismo militar. Todos los demás poderes que existían antes de la Revolución se han hundido; sólo él ha continuado en pie; por él se ha suspendido ya en nuestros pueblos fronterizos la autoridad de los magistrados populares, para él prepara triunfos la idolatría, él es ya el árbitro de los destinos del Estado. Legisladores, es tiempo de pensar en defenderos vosotros mismos contra su enorme poder, que no cesa de aumentarse. Que la historia de las revoluciones os instruya. Jamás hubo circunstancias más favorables á su ambición que las que os rodean. Desde hace mucho tiempo parece como que jugáis con ese monstruo; el pueblo, muy poco instruido, lo ve crecer sin inquietud; parece acariaros hoy, pero temblad que no sea muy pronto bastante fuerte para devoraros." (2). Estas palabras fueron escritas en el mes de Mayo de 1792. Ocho años más tarde, el general Bonaparte expulsaba á los legisladores al frente de sus granaderos.

(1) Discurso de Robespierre á los Jacobinos (BUCHEZ, *Historia parlamentaria*, t. XIII, p. 131).

(2) El defensor de la Constitución, núm. 2 (BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. XIV, página 397).

¿Quiere esto decir que la historia debe maldecir á los girondinos por haber encendido la guerra terrible de la Revolución contra la Europa feudal? Si hay un culpable, hay que buscarle más alto; hay que acusar á los hombres del 89, y antes de ellos á los filósofos. Es decir, que la acusación se dirigirá á la humanidad y á Dios mismo. No, no es á la Revolución, no es á la *Gironda*, como tampoco á la filosofía á quien se debe acusar: la Revolución es santa, y los que la han preparado, como los que han difundido sus principios, son los bienhechores de la humanidad. Pero la libertad, la igualdad, ¿podían triunfar sin combate? Intereses seculares que tenían en su favor la apariencia del derecho, ¿podían ceder voluntariamente ante la razón? La lucha era fatal; la guerra de la Revolución contra la Europa lo era igualmente. Porque la Revolución no era una revolución francesa, era una revolución universal; y para que se hiciera universal, era necesaria la propaganda armada de la Francia republicana.

Robespierre hubiera querido una propaganda pacífica. Eso era una ilusión. En el 92, la propaganda por medio de la prensa, por medio de las relaciones intelectuales era imposible, porque la prensa no existía, y las relaciones de la Francia revolucionaria con la Europa monárquica eran otra imposibilidad. Los reyes tenían buen cuidado de aislar la Revolución, como si se pusieran al abrigo de una enfermedad contagiosa, interrumpiendo toda comunicación con los países invadidos por la peste. Es preciso agradecer á los girondinos el haber lanzado á la Francia en la vía de la propaganda. Es cierto que la guerra de principios no tardó en degenerar en guerra de conquista, y la conquista, si destruía el antiguo edificio de la Europa feudal, dificultaba el desenvolvimiento del espíritu de libertad en la patria misma de la Revolución. Hé ahí una de las fases de la guerra que no se deplorará nunca lo bastante. Falta saber quién llevará la responsabilidad de ella. Contestamos sin vacilar: el antiguo régimen. ¿Quién ha encendido, quién ha alimentado, á lo menos en la nación francesa, el espíritu de engrandecimiento y la ambición de las conquistas? La monarquía absoluta. Esto es tan cierto, que la nobleza no tenía otra misión que la de la guerra. ¿Quién ha dado á la Francia esa convicción de que necesita la frontera del Rin para ser poderosa y feliz? La monarquía

absoluta. La teoría de las fronteras naturales no data de la República; fué un ministro-rey, fué Richelieu quien la inventó. En fin, ¿quién tomó la iniciativa de la larga guerra con que se inaugura la nueva era? También fué el antiguo poder real. Vamos á probarlo con los testimonios mismos de los reyes. La República fué fiel, á lo menos en teoría, á los principios del 89. No creía hacer uso de sus victorias para sujetar á los vencidos; su

ambición era el emanciparlos. Repudió la antigua política de conquista, y entonces mismo, cuando llevó sus fronteras hasta el Rbin, invocó, no el derecho del más fuerte, sino el libre consentimiento de las poblaciones. En definitiva, el engrandecimiento de la Francia no fué más que un accidente. La Revolución tenía una ambición más elevada, era la de difundir la libertad y la igualdad en el mundo.

LIBRO SEGUNDO

LA COALICIÓN